



El escorpión y la rana. (Fábula atribuida a Esopo)

Ricardo Cabrera
Junio 16, de 2020

Desde lo alto de un árbol, un escorpión admiraba la destreza de una rana verde nadar las tranquilas aguas del río. Después, cansada de retozar y refrescarse, escogía indistintamente la orilla en la cual descansar. Días, tras día, su rutina era la misma, el escorpión envidiándola y la rana disfrutando ajena a los sentimientos que provocaba en su desconocido observador.



Venciendo su timidez, el escorpión decidió acercarse a la orilla en espera de ver llegar a la rana, un tiempo después, como era habitual en ella; la rana eligió la misma piedra en la que solía descansar.

—Esta es mi oportunidad. Con su mejor sonrisa, el escorpión se acercó a la rana, esta, desconfiada se lanzó nuevamente al agua. La sonrisa del escorpión se borró. La rana le vio dar media vuelta y alejarse. Esto la llenó de pesadumbre, se sintió mal por no darle la oportunidad de presentarse.

—Espere señor escorpión ¿Por qué me busca usted? El escorpión regreso de inmediato ante la presencia de la rana. Deshaciéndose en simpatías se presentó con ella, pondero su espectacular habilidad para nadar. Le confesó que se sentía



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

un tanto celoso, pues, mientras ella podía salir a tierra, también podía disfrutar de las caricias del agua. El en cambio, tenía que acostumbrarse a la idea de permanecer siempre en la misma orilla.

—Verá usted, amiga rana, porque ¿Puedo llamarla amiga? ¿Verdad? La rana, cayó en el embeleso del bien decir del educado escorpión.

Después de ese día, las entrevistas entre los dos personajes fue algo común. EL escorpión la divertía con sus aventuras más allá de los



árboles, le contaba de todo lo que había conocido, las amistades que había hecho. Le confió, que su camino se había detenido en esa orilla, solo por entablar amistad con un ser tan especial como ella. La rana, se dijo a sí misma, que no había encontrado antes un ser vivo con la elocuencia del escorpión.

Una mañana, el escorpión llegó puntual a su cita, le dijo que ya era tiempo de continuar su camino, que era preciso conocer nuevos lugares y después ya tendría ocasión de narrarlos para ella. Solo estaba el inconveniente del cruce del río.

—Amiga rana, ¿Usted podría llevarme a la orilla opuesta?, verá yo peso muy poco, y para alguien con la agilidad que usted posee, no significará una tarea pesada. ¿Qué dice usted? ¿Me ayudaría a cruzar? El escorpión la vio dudar.

—No lo sé, me podría usted picar, y si esto ocurriera, yo moriría.

—Tiene usted razón ¿Ha pensado, que yo también moriría? El argumento del escorpión era tan sólido y tan bien dicho, que terminó por convencer a la ranita. Además, el señor escorpión, hablaba tan bien y le había demostrado su aprecio.



—¡Vamos pues, señor escorpión! Le llevaré hasta la otra orilla. El escorpión no se hizo repetir la invitación y se subió a lomos de la verde rana.

Se sentía poderoso. Qué envidia despertaría, el escorpión en el medio del río. Se imaginó como un viejo capitán, incluso, levantó su tenaza dirigiéndola hacia la otra orilla.



El arrobamiento duro poco. Estaban ya muy cerca de su objetivo.

La rana, hizo un gesto de profundo dolor.



—¡Me ha picado! ¿Por qué lo ha hecho? Yo confíe en su palabra señor escorpión.

—Lo siento, está en mi naturaleza; dijo tristemente el escorpión. Agonizante, la rana intentó mirarlo, su cuerpo se hundía, y el escorpión con ella.

El escorpión había sucumbido a su propia mezquindad, prefirió morir junto a quien con engaños había creído en su amistad. Para él, no era posible seguir viviendo y saber que la rana continuaría viviendo en el río y descansando en la rivera que eligiera. Mientras él estaba destinado a quedar confinado a los lugares más sombríos y escondidos posibles. 